

## PARA CONSTRUIR SOLIDARIDAD

En 1961 yo era novicio de la Compañía de Jesús. Fui trasladado a Venezuela a continuar mis estudios y allí tuve mi primer contacto con Fe y Alegría. Como parte de mi formación destinado a colaborar un mes en la escuela Fe y Alegría del barrio de Petare. Una inmensa escuela recién plantada al pie del cerro, rodeada de ranchos, en la que cada mañana se reunían más de 1000 niños. Recuerdo que la única forma de callarlos para comenzar la jornada era, a través de los altoparlantes que se escuchaban en todo el barrio, comenzar la oración. Inmediatamente se hacía el silencio que permitía organizar las filas de entrada a clase.

Parte de nuestro trabajo consistía en recorrer los callejones que subían los cerros conectando la escuela con la comunidad. Y sin darnos cuenta, íbamos descubriendo el secreto de aquella escuela. Inserta en el corazón del barrio iba cada día acercándose con cariño y descubriendo la vida que bullía en los callejones.

Esa relación cotidiana fue creando una relación diferente. La escuela no era un enclave de civilización en medio del barrio salvaje. La escuela era su corazón, que latía con el aliento de los niños, de sus familias, de la pobreza, la organización comunal, la violencia, la religiosidad popular.

Casi treinta años después tuve la oportunidad de participar en una reunión de agentes pastorales en el mismo barrio Petare. La religiosas que dirigían aún la escuela allá estaban, compartiendo las angustias y esperanzas de su barrio. Era la cercanía fecunda, que echando raíces en la cultura y realidad del barrio, era capaz de hacer florecer y dar frutos la vida de cada estudiante y la vida compartida de la comunidad circundante.

Esa misma sensación experimenté cuando visité en Zacamil y escuché como un alumno había caído, víctima de la violencia barrial, a la puerta de la escuela, sin que todos los años de trabajo por la paz hubieran podido salvarle la vida. O cuando compartí la mesa con Ana Patricia y Marina en el Cruce de Arroyo Hondo, en su vivienda en medio del barrio, que les ha permitido tejer su vida con la historia cotidiana de las familias de la escuela. O cuando visité la escuela Roberto Clemente en Ciudad Sandino.

En cada escuela de Fe y Alegría uno tiene la oportunidad de palpar lo que dijo el Congreso Internacional de Fe y Alegría celebrado en el 2000 en Lima: que creemos “en la fuerza de la comunidad para generar desarrollo humano sustentable...que conlleva: la reconstrucción de estructuras de injusticia, para construir otras nuevas, fundadas en los valores de la solidaridad, de la fraternidad, del respeto al otro que tiene otra forma de ser y de vivir, otros rasgos y color de piel, otro sexo, otra cultura”.

Es la forma de relación escuela-comunidad la que nos permite “con la mirada puesta en

horizontes sin límites, caminar con los pies firmes en la tierra y con las manos encallecidas por el trabajo, en busca de una liberación y una sociedad más justa por medio de la Educación Popular Integral”<sup>1</sup>

La escuela en esta perspectiva no puede ser “una escuela más”, sino “más que una escuela”, saliendo de sí misma y convirtiéndose en plataforma de encuentro con la familia, el barrio, el medio y “los medios”<sup>2</sup>.

La prehistoria de este Congreso está en la vida construida desde las yachay wasis bolivianas, desde la experiencia del Bañado de Asunción, donde cientos de jóvenes se encuentran cada tarde para construir cultura y futuro desde la experiencia compartida, desde las escuelas de padres, los esfuerzos por la paz en los contextos colombianos de violencia, las actividades de creación y expresión artística como las que disfrutamos ayer, o los compromisos en la mejora de las condiciones de vida de los pobladores barriales o por la salud de la comunidad.

Este congreso, orientado a compartir estas experiencias de relación con la comunidad, busca entusiasmaros nuevamente a trabajar por el desarrollo que crece desde abajo y desde adentro. Un desarrollo que se mide por calidad de vida de todos y todas.

Queremos que las experiencias compartidas estimulen nuestra imaginación para seguir inventando formas de construcción de una nueva ciudadanía más responsable, solidaria y preactiva.

Soñamos que este Congreso fortalezca las miles experiencias de promoción social comunitaria, pero sobre todo que consolide esa forma de autopercepción de la escuela como parte integral de la vida de nuestros pueblos, con la función de ser catalizadora no sólo del crecimiento personal de sus estudiantes, sino inspiradora del caminar hacia la construcción de una sociedad nueva.

Esta tarea no puede ser realizada desde la autosuficiencia ni la soledad. Tiene que ser una labor compartida, lo primero con las mismas comunidades. En este esfuerzo de autoconstrucción de su desarrollo, las comunidades tienen que ser protagonistas. Y nosotros sentirnos que hemos recibido el regalo, la gracia, de ser llamados a dinamizarlo, a ser testigos y cómplices.

Pero el compromiso con esta labor nos tiene que enseñar a trabajar con otros, desde la difícil tarea de crear consensos y compartir liderazgos. Nuestro modo de proceder tiene que comenzar a construir esa sociedad nueva, más solidaria y tolerante, capaz de afirmar su identidad en diálogo no sólo de palabras, sino de voluntades y acciones, con la diversidad.

En la tarea de promoción comunitaria tenemos nuestro principal reto de aprender a trabajar

---

P. José María Vélaz. “*Fe y Alegría. Al desarrollo por la educación*”. Entrevista al P. Velaz en Familia Cristiana, año II, Caracas, octubre 1983, Nº 10, p.18.

<sup>2</sup> Documento del Congreso de Santo Domingo, 1993, p.3.

en equipo, a construir liderazgos compartidos, a fortalecer las actitudes y estructuras de la democracia participativa.

La calidad de nuestro trabajo de promoción, como la del educativo, no se mide sólo por los resultados, sino también por los procesos, que atentos al contexto en que se mueve, construyen un modo de proceder que se inspira y responde a los valores que queremos construir.

Queremos desde la Federación apoyar este camino realizado para que sea nuestra marca distintiva como Fe y Alegría. La Comisión del programa cinco está presente entre nosotros para recoger el mandato del Congreso y convertirlo en acciones federativas que refuercen nuestra práctica de promoción social comunitaria.

Con esta mirada de esperanza, abrimos formalmente la tarea de este Congreso.